UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA
Departamento de Ciencia Política y de la Administración II

MULTITUD Y ACCIÓN COLECTIVA POSTNACIONAL: UN ESTUDIO COMPARADO DE LOS DESOBEDIENTES: DE ITALIA A MADRID (2000-2005)

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Pablo Iglesias Turrión

Bajo la dirección del doctor
Heriberto Cairo Carou

Madrid, 2008

- **ISBN: 978-84-692-1016-1**

TESIS DOCTORAL

MULTITUD Y ACCIÓN COLECTIVA POSTNACIONAL.

UN ESTUDIO COMPARADO DE LOS DESOBEDIENTES: DE ITALIA A MADRID (2000-2005)

Pablo Iglesias Turrión

Director de tesis: Heriberto Cairo Carou
Programa de doctorado: Conflicto político y procesos de pacificación
Departamento de Ciencia Política y de la Administración II
Universidad Complutense de Madrid

Enero de 2008

CAPÍTULO 2. ENFOQUES SOBRE LA ACCIÓN COLECTIVA Y LOS MOVIMIENTOS SOCIALES. APORTACIONES Y LÍMITES PARA EL ESTUDIO DE LOS MOVIMIENTOS GLOBALES

Las perspectivas teóricas en gran parte funcionan como metáfora,
no solo iluminan, sino que también ocultan
(Snow, 1983:9)[41]

…el problema que hay que plantear y resolver exactamente, es el de las relaciones entre estructura y superestructuras, para llegar a un análisis correcto de las fuerzas que operan en la historia de un determinado periodo y delimitar sus relaciones…
(Gramsci, 1975: 1578)

2.1 Claves históricas de la protesta política

La institucionalización académica de los movimientos sociales y la acción colectiva, como objeto de estudio particular, se produjo en los años 60 del siglo reciente. Sin embargo, no debe perderse de vista que, tanto los agentes objeto de estudio como sus manifestaciones políticas, representan una realidad histórica desde el siglo XIX.

Queremos decir con ello que será solo en el siglo XIX, y con particular intensidad a partir de 1848, cuando el movimiento obrero adquiera los caracteres propios de un movimiento, a saber, organizaciones autónomas (sindicales y políticas en este caso) así como un conjunto de dispositivos de actuación que permitirán hablar de un repertorio nuevo de acción colectiva (Tilly, 1984:303-305). Del mismo modo, las reflexiones y elaboraciones teóricas al respecto, comenzarán a ser una realidad desde entonces[42].

[41] *Paper* inédito. Citado en Gusfield (1994:116)

[42] Hay que señalar además que su complejidad e impacto resultan mucho menos abarcables que las herramientas y perspectivas de investigación exploradas por la movimentología, en los últimos cuarenta o cincuenta años, que vamos a referir aquí.

Existe también una gran tradición de estudios sobre la protesta que se han ocupado de los momentos previos a la articulación de la clase obrera como movimiento social en Europa. De entre ellos, destacan los clásicos de George Rudé sobre la protesta en el siglo XVIII (Rudé, 1978), de Edward Thompson sobre la economía moral de la multitud y la formación de la clase obrera inglesa (1979, 1989), o los "Rebeldes primitivos" de Eric Hobsbawm (1974)[43].

Pero en este capítulo, por razones de orden metodológico y de espacio, vamos a referirnos solamente al conjunto de enfoques teóricos desarrollados en las universidades europeas y estadounidenses desde los años 60. Estos enfoques se han limitado siempre a estudiar fenómenos de movilización en el marco de los regímenes demoliberales de algunos países de cultura occidental del centro de la Economía-mundo, como han reconocido McAdam, McCarthy y Zald (1999a:15). Esta concreción espacial de los estudios sobre la acción colectiva de la movimentología académicamente hegemónica, será objeto de nuestra crítica en los capítulos siguientes. En cualquier caso, una tesis doctoral sobre movimientos sociales no podrá obviar un repaso a los enfoques tradicionales como el que sigue.

Atendiendo a la evolución de los enfoques hegemónicos señalados, intentaremos evaluar el estado de las teorías sobre la protesta ante la irrupción de los movimientos contra la globalización económica y la formación de un repertorio transnacional de acción colectiva. La aproximación a los movimientos antisistémicos clásicos, a sus debates estratégicos y a las implicaciones pasadas y presentes de tales debates, la llevaremos a cabo más adelante.

[43] Hay también trabajos sobresalientes sobre las rebeliones de tipo etno-clasista en las periferias del Sistema-mundo, anteriores a los movimientos de liberación nacional. De entre ellos, cabe destacar, por su gran influencia en los estudios sobre raza y clase, el clásico de C.L.R. James "Los jacobinos negros" sobre la revolución haitiana. Merece también la pena examinar el número XXVIII de *Review* (la revista del *Fernand Braudel Center* de la Universidad de Binghamton) dedicado a los *Black Worlds.* De estas cuestiones nos hemos ocupado en un trabajo colectivo en el que tratábamos de establecer los vínculos entre los mecanismos de agregación política de las subalternidades periféricas y el desarrollo del Capitalismo colonial. Véase Iglesias Turrión/Espasandín López/Errejón Galván (2007).

Sin embargo, no queremos dejar de hacer notar que uno de los más reputados expertos en movimientos sociales como es Sidney Tarrow, ha reconocido esta precedencia teórica del pensamiento revolucionario respecto a las teorías sobre la acción colectiva. Tarrow ha intentado incluso establecer equivalencias entre algunas escuelas o textos del marxismo, respecto a algunas teorías sobre la acción colectiva. Así, el "Manifiesto comunista" de Marx y Engels correspondería, según este autor, con la teoría de los agravios y del comportamiento colectivo, la teoría de la organización leninista del "Qué hacer" con la teoría de la movilización de recursos y, finalmente, los conceptos gramcianos de hegemonía e intelectual colectivo desarrollados en los "Cuadernos de cárcel" corresponderían con el análisis de marcos y las teorías de la identidad (Tarrow, 2004: 33-38).

Aún cuando el reconocimiento que hace Tarrow de la importancia del marxismo para comprender históricamente la acción colectiva nos parece magnífico, su propuesta de equivalencias no termina de convencernos. Creemos que conviene separar las teorías sobre la acción colectiva (de presupuestos y objetivos, al fin y al cabo, modestos) de las tradiciones teóricas que han tratado de interpretar —y eventualmente de transformar— los procesos históricos. Como indicaremos a propósito de Gramsci, muchas de las temáticas de los "procesos enmarcadores" y las relaciones entre cultura y acción colectiva fueron ya tratadas por este y otros autores hace ya mucho tiempo. Sin embargo, el impacto y las cuestiones abracadas en la obra del que quizá sea el intelectual italiano más influyente del siglo XX, no pueden reducirse, aún cuando sea por la vía de la "equivalencia", a ningún enfoque académico sobre la acción colectiva.

En parte por este tipo de limitaciones, hemos elaborado este capítulo de análisis de los enfoques sobre la acción colectiva separándolo del resto de temas a tratar en los marcos teóricos de la tesis. Y por ello también hemos ceñido las aspiraciones de este trabajo a la descripción de algunas formas de acción colectiva propias de un repertorio postnacional. En este sentido, es importante no perder de vista que la acción colectiva se inserta históricamente en procesos complejos que, necesariamente, exceden los problemas específicos que se plantean las diferentes teorías sobre la misma. A modo de ejemplo, la teoría de los ciclos de protesta de Tarrow (2004: 202 y ss.) nos parece muy valiosa para el estudio de determinados aspectos del desarrollo de los acontecimientos revolucionarios, pero no representa una teoría de la revolución. No puede sustraerse al

hecho de que, tanto las revoluciones sociales como las políticas, son mucho más que acción colectiva y movimientos sociales.

Precisamente por eso, la propuesta metodológica de McAdam, McCarthy y Zald de entender las revoluciones como una forma de acción colectiva o una característica formal de los movimientos (1999b:32), nos parece que se presta a confusiones. Pensamos, con Fontana (1983), que hay que distinguir las revoluciones sociales de las políticas en función del papel central o coyuntural de los factores económicos. Del mismo modo, reivindicamos como principio fundamental para la investigación de la protesta, una sabia advertencia de este gran historiador: *no hay que confundir la chispa de la revolución con el combustible* (Fontana, 1983:102). Si es posible ser especialista en movimientos sociales y acción colectiva será ocupándose de los aspectos concernientes a la chispa.

En cualquier caso, nuestro punto de partida en este examen es, siguiendo a Ludger Mess (1998), reconocer que la historia de los movimientos sociales nace como historia del movimiento obrero[44]. Y ello, sin entrar en las cuestiones de mayor calado que trataremos después, al menos, por dos razones de orden formal.

La primera de ellas es el origen de la noción "movimiento social". Como indica Mess (1998: 299), fue la publicación en Alemania de la obra de Lorenz von Strein "La historia del movimiento social en Francia (1789-1850)" lo que popularizó un término que no fue en su momento más que un ardid para burlar a la censura prusiana, que no hubiera permitido un título referido a los movimientos socialistas (Pérez Ledesma, 1994:59). Por lo tanto, podemos afirmar que la noción "movimiento social" refería originariamente las tradiciones revolucionarias de la organización obrera[45].

La segunda razón es que la difusión, a partir de los años 70, de la noción "Nuevos Movimientos Sociales" para señalar, sobretodo, a los movimientos ecologistas, feministas y antimilitaristas, se fundamentó precisamente en las novedades estructurales de estos movimientos respecto al movimiento obrero. Por lo tanto, las características

[44] Véase también Pastor (1991).

[45] En el mismo sentido, véase Tilly (1984).

históricas de los movimientos obreros[46] fueron el punto de referencia para describir las novedades y particularidades de las expresiones de protesta que llegaron después y la base de la discusión sobre los caracteres de diferentes movimientos sociales a partir de los años 60.

Tras estas precisiones a tener en cuenta, comenzamos nuestro repaso. El esquema que vamos a seguir se basa en la evolución paralela de los enfoques sobre la acción colectiva y los movimientos sociales en Estados Unidos y Europa occidental, tras la irrupción de nuevos movimientos de protesta en los años 60 y 70.

En los Estados Unidos, el movimiento pro-derechos civiles, los movimientos de mujeres y el movimiento anti-guerra, motivaron a algunos investigadores a cuestionar los enfoques psico-conductistas (perspectivas del comportamiento colectivo) hasta el momento dominantes y abrieron la puerta al dominio del enfoque de la movilización de recursos, heredero, a su vez, de los planteamientos neoutilitaristas de las teorías sobre la elección racional.

En Europa occidental surgieron, entre otras experiencias, los imponentes movimientos estudiantiles y las protestas contra la guerra de Vietnam, en un marco de difusión generalizada de una extrema-izquierda crítica con las organizaciones dominantes —partido y sindicato— de la izquierda histórica y de nuevos movimientos que cuestionaban la centralidad política del proletariado industrial y la estrategia de conquista del Estado como mecanismo de transformación. Estos movimientos fueron la base de nuevas críticas hacia las corrientes ortodoxas del marxismo, hasta entonces dominantes en los análisis sobre la protesta en Europa.

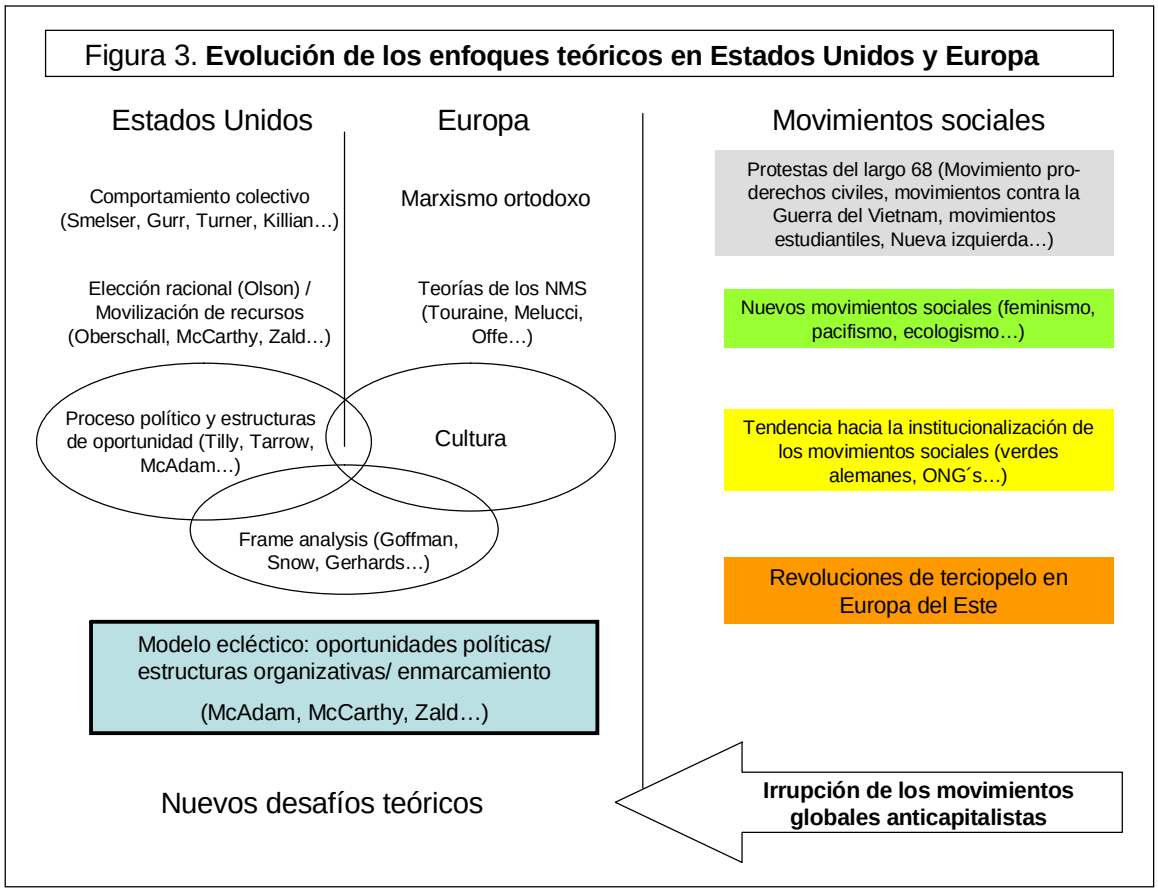
Surgieron así las teorías sobre los Nuevos Movimientos Sociales (NMS) y también los debates respecto a su novedad. El acento de los teóricos de los NMS sobre las transformaciones en la reproducción social y en los aspectos relacionados con la identidad y la construcción grupal de significados, abrió la puerta a la irrupción de la cultura y los análisis de marcos en el estudio de la acción colectiva.

[46] Un repaso sintético de la historia del movimiento obrero y su significación para comprender la noción de movimiento social puede consultarse en Laiz Castro (2002).

Referiremos después la marcha hacia el eclecticismo teórico por parte de los principales estudiosos de los movimientos sociales (desde el enfoque del proceso político y las estructuras de oportunidad, pasando por los intentos de vincular visiones "micro" y "macro" hasta las propuestas de un modelo sintético de oportunidades políticas, estructuras de movilización y procesos enmarcadores).

La siguiente figura sirve para ilustrar el esquema expositivo de este capítulo.

Figura 3. **Evolución de los enfoques teóricos en Estados Unidos y Europa**



2.2 La Teoría del Comportamiento Colectivo: el problema de despolitizar los movimientos

Los primeros intentos teóricos, de tipo microsociológico, para explicar los fenómenos de protesta estuvieron muy influidos por la psicología de masas de Gustave Le Bon y Gabriel Tarde, que consideraban la protesta colectiva como fenómeno de irracionalidad propio de los escalones más bajos de la sociedad[47]. Aún cuando nadie hoy haría estas consideraciones para llevar a cabo una aproximación teórica seria a los movimientos sociales, este tipo de visiones siguen representando (como lo hicieron a finales del XIX y durante el siglo XX) la base de los esquemas argumentativos de algunas campañas de criminalización contra los movimientos sociales[48]. De hecho, los discursos que entienden la protesta como comportamiento desviado o criminal sobreviven entre políticos neoconservadores, un cierto tipo de periodismo y ciertos protocolos de actuación policial que, a pesar de no tener ninguna influencia sobre los estudios rigurosos sobre movimientos sociales, mantienen un peso considerable en la escena político-mediática. De entre los casos más recientes y sonados, destacaremos los ataques a los movimientos indianistas en América Latina en los que la supuesta irracionalidad de los indios se erige como argumento recurrente por parte de sus adversarios políticos (Mamani, 2007:222) o las declaraciones del presidente Nicolás Sarkozy cuando era ministro del interior, a propósito de los disturbios que sacudieron Francia en 2005, en las que se refería a los jóvenes de las periferias como chusma.

En los años 60, sin embargo, la que fue conocida como escuela del comportamiento colectivo planteó una relectura distinta de la psicología de masas. Lo que hicieron con las teorías de Le Bon fue, básicamente, cambiar la evaluación y la consideración de ese comportamiento colectivo, que ya no se entendía como irracional o enfermo, sino como fuente creadora de nuevas instituciones sociales (Gusfield, 1994:103).

[47] Sobre Tarde y Le Bon, véase Oberschall (1973).

[48] Pérez Ledesma (1994:72) refiere como ejemplo, para el caso español, a principios del siglo pasado, la obra (anterior a "La rebelión de las masas" de Ortega) del penalista y criminólogo Eugenio Cuello Calón, titulada "La criminalidad anarquista".

Con todo, para Pérez Ledesma, aún cuando Smelser (uno de los más destacados representantes de este enfoque) se alejara de los enfoques "psicologistas" de Le Bon, el de esta aproximación seguiría siendo considerar una suerte creencias mágicas irracionales como elemento principal de la movilización (1994: 73-74).

Otras versiones de la Teoría del Comportamiento Colectivo, como las teorías de la privación relativa, corresponden a Ted Gurr, que se centra en la frustración individual de las expectativas o a Turner y Killian, que hablan de disfunciones sociales como clave del comportamiento colectivo (1986). El hecho de que estas teorías fueran, en general, incapaces de relacionar comportamiento colectivo y acción política[49] provocó que entraran en crisis tras la irrupción de los movimientos de los sesenta (Tarrow, 2004: 39).

Tal descrédito ha sido, sin embargo, contestado por Joseph Gusfield (1994) que ha reivindicado las teorías de la sociedad de masas y del comportamiento colectivo como perfectamente viables, en especial tras la irrupción de los NMS[50]. Este autor ha optado por encuadrarlas, desde una perspectiva constructivista, con el análisis de marcos y las teorías de la identidad, como conjunto de teorías opuestas, de alguna manera, a las teorías de la elección racional y la movilización de recursos. Esta oposición ha sido referida por Melucci como un modelo de "actores sin acción", propio de las teorías del comportamiento colectivo, frente al modelo de "acciones sin actores" de la teoría de la movilización de recursos (Melucci, 1989: 17-20)[51].

Gusfield reivindica también a Turner y a Killian por haber situado en el centro del análisis la construcción de nuevas formas de relaciones sociales, los nuevos significados de la vida social y la producción de normas y creencias (Gusfield, 1994:96). La clave del análisis de Gusfield es la distinción entre movimientos lineales y movimientos variables o fluidos. Refiere los primeros como conjunto de instrumentos para alcanzar una serie de fines determinados y los ejemplifica con el movimiento obrero (1994:101). Los segundos, de carácter micro-sociológico, actuarían en el ámbito de la vida cotidiana,

[49] Lo que hace inviable, volviendo a la propuesta de Tarrow, algún tipo de equivalencia con el marxismo.

[50] En el mismo sentido, véase Klandermans (1994).

[51] Sea como fuere, el eclecticismo —en un sentido de reconocimiento de la complementariedad entre las distintas perspectivas— que se ha ido imponiendo, en los últimos años, entre la movimentología europea y la estadounidense, ha ido restando relevancia a estas polémicas.

fuera de la escena pública y serían ejemplificados por los movimientos de mujeres (1994:102). Se trataría así de una oposición entre estructura (movimiento obrero, de tipo lineal, que actúa en la esfera pública) y significado (movimiento de mujeres, de tipo fluido, que actúa en la vida cotidiana) que justificaría el marco de análisis propuesto (el comportamiento colectivo), para el segundo tipo de movimientos.

El problema de este intento de integración de los movimientos sociales con las modas o tendencias culturales y la vida cotidiana, es que se despolitiza a los movimientos al fragmentar las dimensiones macro y micro. Si entendemos la existencia de redes de socialización política y definiciones compartidas de la realidad como condición de existencia (necesaria aunque no suficiente) de la acción colectiva, difícilmente podrá ser viable una distinción entre movimientos "lineales" y "fluidos". El problema de Gusfield es que no estudia los movimientos sociales sino lo que no son todavía movimientos.

Pongamos dos ejemplos: el significado de los *beats* y los *hippies* para el estudio de los movimientos pacifistas en Estados Unidos, por un lado, y la influencia del Cristianismo negro y de la literatura anticolonial en los movimientos antirracistas de este mismo país, por otro.

Para el primer caso, los *hippies* y los *beats* son indicadores de los ambientes ideológicos, culturales e históricos que determinan la forma que podrá adquirir la acción colectiva, los dispositivos organizativos de los que podrán dotarse los movimientos o el conjunto de reivindicaciones planteadas en las movilizaciones contra la guerra del Vietnam. Pero no son movimientos en sí mismos.

Del mismo modo, para el segundo caso, si tomamos como referencia la influencia cristiana en las comunidades negras del sur de Estados Unidos, encontraremos muchos condicionantes de las formas de acción colectiva no violentas del movimiento pro-derechos civiles así como, si pensamos en los escritos de Franz Fanon o del último Malcom X, sabremos mucho de la forma de actuar de los panteras negras. Pero seguiremos en un estadio previo al examen de los movimientos y su acción política.

En definitiva, no debe confundirse el estudio de los marcos, las identidades o la ideología, con el estudio de los movimientos sociales y la acción colectiva que son, al fin y al cabo, realidades socio-políticas.

2.3 La Teoría de la Elección Racional: límites del Neoutilitarismo

La emergencia de nuevos movimientos en los 60 regeneró los estudios sobre la acción colectiva y los movimientos sociales, abriendo el camino a nuevos enfoques de análisis[52].

La crítica probablemente más relevante a los enfoques del comportamiento colectivo y la teoría de los agravios, en los Estados Unidos, se plateó desde el individualismo metodológico, oponiendo la "racionalidad individual liberal" (la tendencia natural/racional de los individuos a maximizar beneficios y reducir costes) a la "irracionalidad de masas" de los enfoques previos.

La preeminencia epistemológica neoutilitarista en la Academia estadounidense implicaba la aplicación de técnicas y teorías microeconómicas al conjunto de ciencias sociales. Ello afectó mucho a los estudios de la acción colectiva, en especial, a partir del influyente trabajo de Mancur Olson "La lógica de la acción colectiva" y su difundida teoría del gorrón o *free rider* y los incentivos selectivos (Olson, 1965).

La tesis de Olson se resume como sigue. La cuestión fundamental que plantea la acción colectiva es la de cómo agregar el mayor número posible de individuos en una acción dirigida al bien común, cuando esos individuos tienden "racionalmente" a actuar de forma egoísta, como "gorrones naturales" que no se implicarán en una acción si entienden que los beneficios que puedan obtener son independientes de su concurso individual. Para Olson, solo los dirigentes (léase un gran empresario) tienen verdadero interés individual en el beneficio colectivo (Olson, 1965:43-46). La función del dirigente/empresario/organización que promueve la acción colectiva habrá de ser, por lo tanto, la de crear incentivos selectivos para que participe el mayor número posible de individuos.

[52] Al respecto, véase Morris y Herrng (1987)

Los límites de la teoría de Olson han sido puestos al descubierto en diversos trabajos (Pizzorno, 1989; Revilla, 1994b o Marx Ferree, 1994). En el último de ellos, se plantean tres conjuntos de problemas de la teoría de la elección racional que pasamos a sintetizar[53].

Para esta autora, el primer conjunto de problemas de la Teoría de la Elección Racional viene de considerar todos los comportamientos como racionales. Quedan así sin explicar los comportamientos de dudosa racionalidad, que la autora ejemplifica refiriéndose a la educación para la no violencia como mecanismo de las organizaciones de los movimientos para evitar respuestas "irracionales" a las provocaciones (1994:156). Para equilibrar el sesgo del ejemplo, puede referirse también la militarización de algunas organizaciones de los movimientos (sin salir de los Estados Unidos, está el caso de los militantes de la *Weather Underground Organization*, procedentes del la dirección de la SDS) para evitar el miedo "irracional" al enfrentamiento armado.

La autora deriva además algunas distorsiones de tal consideración: la desaparición de la noción de identidad y la incapacidad de la teoría para aprehender, de un lado, comportamientos ambivalentes, contradictorios o cambiantes y, de otro, el papel de los movimientos en la transformación de los valores individuales (Marx Ferree, 1994:157-159). Estas distorsiones presentan la acción colectiva como algo ajeno a los valores, identidades y contradicciones de los participantes, algo poco satisfactorio para entender la protesta como fenómeno social y político.

El segundo conjunto de problemas deriva de la noción de *free rider*. Presumir el egoísmo y la competitividad como característica intrínseca al comportamiento, sitúa al individuo en un plano de asocialidad que, difícilmente, resiste el examen de muchos comportamientos sociales. Además, conlleva implícitamente un sesgo de género, étnico y de clase (Marx Ferre, 1994:161) que construye un tipo ideal de individuo: varón, blanco y de clase media, cuya universalidad es más que cuestionable.

[53] Aunque la intención principal del trabajo de Marx Ferree es criticar la teoría de la movilización de recursos (cosa que, como señalaremos a continuación, no termina de conseguir), el resultado de su crítica a la elección racional nos parece satisfactorio en muchos aspectos.

Reproducimos una reflexión de la autora, de claridad meridiana, al respecto: *¿Cómo puede la concepción individualista de la racionalidad estratégica tratar el hecho de que algunas personas prefieren ser torturadas o morir antes de contribuir al sufrimiento o a la muerte de un familiar o un amigo? (…) Solo se puede defender la validez de esta teoría desde una explicación tautológica del "interés propio", que atribuye a la vida de otras personas más "utilidad" que a la de uno mismo en la "estructura de las preferencias" individuales, pero al hacerlo la primera pierde su utilidad empírica* (1994:164). Utilidad empírica que se perdería de igual modo hablando de una suerte de incentivos individuales de origen colectivo o de incentivos individuales inmateriales, como ha tratado de hacer algún autor. La intuición pizzorniana, ese *some other kind of otherness* que nos acompaña (Pizzorno, 1989:42), no puede reducirse a la noción de incentivo.

El tercer conjunto de problemas deriva de la naturaleza universal que se pretende atribuir al individuo, desconectándolo de sus circunstancias históricas, étnicas, de clase, de género, etc. Como ya sugeríamos, desgajar la noción de interés individual de la emergencia de la ideología burguesa como producto de la modernidad capitalista, resulta del todo inviable. Las premisas de las que parte la elección racional (la propia separación entre razón y emoción o entre política y economía) están determinadas histórica y socialmente (Marx Ferree, 1994: 168) y refieren un sujeto específico de referencia: el varón, blanco y propietario que no es más que el resultado de una serie de dinámicas sociohistóricas concretas.

Respecto al modelo alternativo de "racionalidad pluridimensional" que propone la autora (Marx Ferree, 1994:175 y ss.) no podemos dejar de manifestar nuestra insatisfacción y cierto asombro ante la inconsistencia de la propuesta (sobre todo si se tienen en cuenta los planteamientos desarrollados por esta misma autora para cuestionar la teoría de la elección racional). Si, efectivamente, se ha demostrado la imposibilidad de aislar las claves del comportamiento en una noción de racionalidad universal, difícilmente se solucionará el problema sumando unas cuantas racionalidades más (racionalidades de mujeres, de indígenas, de negros, de obreros…).

El problema fundamental de la acción colectiva alude a la estructura social en sus distintas escalas, como producto histórico, y a sus relaciones con los dispositivos ideológicos de agregación, en términos de identidades de naturaleza diversa.

Por tanto, si el problema del Neoutilitarismo es su incapacidad para comprender la dimensión holística de los "por qué" y, sobretodo, de los "cómo", no solucionaremos el problema sumando tres, cuatro o cien teorías más sobre las formas de elección racional.

Para aproximarse a los movimientos (y en especial a los globales) habrá que ir de lo global a lo particular, invirtiendo las premisas newtoniano-inductivas de los paradigmas liberales, desde una óptica interdisciplinar, evitando las explicaciones estrechas.

2.4 La Teoría de la Movilización de Recursos: una comprensión *clausewitziana* de la política

El intento de aplicar la lógica de la elección racional a los procesos de movilización de los 60 y los 70 fue, en los Estados Unidos, la Teoría de la Movilización de Recursos o teoría de la movilización por empresarios políticos (McCarthy y Zald 1973, 1977; Oberschall, 1973, etc.). El principal postulado de la teoría es que los dispositivos organizativos de los movimientos sociales son el factor fundamental que determina la capacidad de movilización, sus pautas y formas de desarrollo, así como su éxito. La teoría traslada la lógica de la elección racional de su ámbito de actuación por excelencia —la empresa— a las organizaciones de los movimientos sociales. Se reaccionaba así frente al carácter irracional, desorganizado y espontáneo que las teorías del comportamiento colectivo y la psicología social en general, habían atribuido a los movimientos sociales.

¿Cuál era entonces la razón fundamental de la gran oleada de movilizaciones en los 60 y los 70? Para estos autores, la respuesta estaba en el aumento de recursos disponibles en los países centrales del Sistema-mundo, que había permitido una cierta profesionalización de los movimientos. La teoría ya no buscaba tanto un "por qué" de la acción colectiva sino un "cómo", pues su objetivo fundamental era relacionar el examen

de los movimientos sociales con la sociología política comparada de los Estados y los regímenes políticos (Jenkins, 1994:41).

Como ha señalado Tarrow (2004:41), esta teoría despertó numerosas críticas en Europa y entre los investigadores con experiencia militante, que la entendieron como un enfoque empresarial (la propia terminología de la movilización de recursos va en esta dirección) aplicable, en todo caso, al análisis de *lobbys* o grupos de interés pero inadecuada para comprender los movimientos sociales, desde el momento en que quedaban excluidos elementos como la ideología o los valores y se desconocían los nuevos modelos organizativos de base, así como el carácter más o menos espontáneo de algunas protestas.

Cabe decir, sin embargo, que muchas de las críticas que se han planteado contra este enfoque han empleado el atajo de atacar directamente la lógica olsoniana de la acción colectiva y sus presupuestos teóricos liberales. Ello, a nuestro juicio, no vale para desacreditar la teoría de la movilización de recursos y los provechosos debates que generó. Por eso hemos separado los epígrafes "Elección racional" y "Movilización de recursos" en la organización de este epígrafe.

Ejemplo de lo que decimos es el trabajo de Marx Ferree (1994) cuyo esquema hemos usado en el epígrafe anterior. El capítulo es, sin duda, una magnífica crítica a los planteamientos de la elección racional pero se plantea con el objetivo de *defender que el modelo de racionalidad que (…) se introdujo en el enfoque de la movilización de recursos (…) es un caballo de Troya* (1994:152), para proponer, finalmente, *un nuevo marco analítico que podríamos llamar "postmovilización de recursos"* (1994:154). Ciertamente, se rebate con éxito el modelo de racionalidad —para proponer, por desgracia, otro no menos insatisfactorio al que no entendemos por qué se bautiza como "postmovilización de recursos" (1994: 154 y 176)— pero no se entra en sus consecuencias para la propia teoría de la movilización de recursos, cuyo objetivo no es tanto definir y describir una suerte de racionalidad universal del individuo (blanco, varón, etc.) sino la lógica de funcionamiento de las organizaciones.

Ni mucho menos compartimos los presupuestos del modelo empresarial de la movilización de recursos, pero creemos que merece una discusión que no vaya tanto en

la dirección de rebatir a Olson y a los economicistas (algo que hemos tratado de hacer en el epígrafe anterior) como en la de comprender el funcionamiento y las características de las organizaciones de los movimientos sociales.

Para esta tarea, vamos a seguir el esquema temático que propone, sobre los principales argumentos de esta teoría, Jenkins (1994: 7 y ss.)[54].

La primera consideración planteada es que la teoría de la movilización de recursos presta solo atención a los que Jenkins llama "movimientos de cambio institucional" (1994:9), esto es, aquellos con una definición programática de objetivos planteados estratégicamente hacia el Estado. El problema es intentar aplicar este modelo a los movimientos de "cambio personal", carentes de un marco programático claro y de una orientación estratégica hacia el Estado.

En este sentido, el límite fundamental de esta teoría es no haber entendido una de las características más importantes (junto al replanteamiento de la centralidad política del proletariado industrial como sujeto de transformación) de los movimientos sociales de los años 60 y 70, a saber, el cuestionamiento de la que, hasta este ese momento, fue la línea estratégica prioritaria de los movimientos antisistémicos clásicos, a saber, la conquista del poder estatal (Wallerstein, 1990:40; 2002 [2004:469]) y la viabilidad del Estado como instrumento de transformación.

La movilización de recursos trajo aportaciones para el análisis de las organizaciones clásicas de los movimientos sociales (en especial los sindicatos socialdemócratas) quizá incluso en la línea de los análisis que hiciera Robert Michels muchos años antes, pero fue incapaz de entender los nuevos movimientos.

La segunda consideración de Jenkins alude a la formación de los movimientos sociales (1994:10). Frente a los modelos clásicos que referían el incremento de los agravios, la movilización de recursos plantea estos últimos como una realidad relativamente estable. Lo que para este enfoque cambia son las posibilidades de definir y actuar sobre esos

[54] Al respecto, nos ha resultado también muy útil el capítulo 5 de la obra de Nick Crossley "Making Sense of Social Movements" (2002:77-104).

agravios, precisamente a partir de la mejora de la situación de los sujetos y la apertura de nuevas oportunidades para la acción colectiva.

Basta comparar la relación entre huelgas y ciclos económicos o medir la capacidad de los movimientos sociales en función del nivel de desigualdad social en regímenes con libertades políticas similares, para comprobar que las huelgas tienden a coincidir con los momentos de expansión y que el aumento de la injusticia social no lleva necesariamente aparejado un crecimiento de las movilizaciones y protestas.

Si bien el argumento que incide en el aumento de oportunidades no basta para explicar los movimientos de los 60 y 70, es cierto que aporta más luz que aquellos centrados en un impreciso "aumento de los niveles de injusticia" o en las "expectativas defraudadas". Entre las condiciones para que sea posible y efectiva la acción colectiva, parecen tener más peso la existencia de unos dispositivos mínimos de organización (no necesariamente centralistas y jerárquicos, como en la mayor parte de los modelos clásicos) y un contexto político favorable.

La tercera consideración refiere los procesos de movilización (Jenkins, 1994:15). Los teóricos de la movilización de recursos defienden la importancia de la captación de recursos institucionales frente al planteamiento clásico de la "autofinanciación", por parte de los que habrían de ser beneficiarios de los cambios. Aquí es donde se plantea el problema del *free rider* que, como vemos, no alude tanto a la criticada noción de universalidad de la "lógica" liberal o economicista, como a un problema, perfectamente identificable, de las organizaciones de los movimientos sociales.

Respecto a los años 60, el enfoque de la movilización de recursos insiste, para el caso de Estados Unidos, en el importante papel de las clases medias en el aumento de recursos de las organizaciones de los movimientos. El argumento nos parece estrecho y, llevado a nuestros días, parece que apenas serviría para referir los problemas organizativos propios de las ONG´s o de ciertos *lobbys*. Sin embargo, el debate sobre las relaciones entre los "beneficiarios" y las organizaciones sociales que defienden sus intereses no ha carecido, ni mucho menos, de importancia, en particular, en el mundo sindical, donde los modelos autofinanciados mediante cuotas de los afiliados, como única vía de

mantenimiento de la autonomía, se han opuesto a los modelos dependientes de la financiación estatal[55].

La captación de recursos organizativos es, sin duda, uno de los temas más importantes para los movimientos globales, toda vez que han sido aquellos (y, en especial, los recursos comunicativo-organizativos de tipo cibernético) los que le han dado visibilidad, al menos a partir de Seattle. Y en esta tarea de captación, las decisiones de los dirigentes (o el dirigente colectivo en red) siguen siendo determinantes.

La cuarta consideración refiere la contraposición entre modelos centralistas burocratizados frente a los modelos más informales y descentralizados (Jenkins, 1994: 24 y ss.). Para los teóricos de la movilización de recursos, las estructuras formales con una clara división del trabajo aumentan la capacidad de movilización y maximizan las posibilidades de éxito. De alguna forma, se trata de separar "metodológicamente" a los movimientos de cambio institucional, centralizados y con mayor capacidad de influencia política sobre el Estado, de los movimientos de cambio personal, descentralizados, con mayores niveles de compromiso ideológico y, aparentemente, menos vulnerables a la cooptación por parte del poder.

El debate nos parece falso. No hay datos que demuestren que los niveles de compromiso, integración o la conjura del riesgo de cooptación, vengan determinados por la mayor o menor formalidad del modelo organizativo. A modo de ejemplo, las organizaciones políticas clandestinas o ciertos grupos nacionalistas, suelen estar muy centralizados y mantener, al mismo tiempo, elevados niveles de compromiso[56].

Las claves que habrán de determinar los modelos organizativos vendrán dadas por el contexto histórico, las oportunidades y posibilidades políticas, los objetivos y la voluntad de los militantes (y aquí es donde entran a jugar los elementos culturales, ideológicos, etc.).

[55] A pesar de su debilidad actual, la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) ha apostado siempre por un modelo de autofinanciación, como alternativa al modelo de los sindicatos mayoritarios en España.

[56] Véase, al respecto, Della Porta (1998).

El desarrollo del Capitalismo industrial y la consolidación del Estado nacional abrieron las puertas al repertorio nuevo de acción colectiva, representado por el movimiento social como acción colectiva compleja y sostenida en el tiempo, producto de la organización obrera. Ésta era, en general, jerárquica y centralizada pero, en ningún caso, desatendía (digámoslo con tono gramsciano) los espacios superestructurales de socialización política de los militantes (pensemos en las casas del o en las tabernas que fueron definidas en su día por Kautsky como el último bastión de la libertad del proletariado).

Es indudable (aunque, al menos desde Weber y Michels, no es nada nuevo) que las estructuras organizativas rígidas pueden adquirir dinámicas propias más allá de la voluntad de sus militantes. Y no es menos cierto que un exceso de informalidad puede provocar una evaporación del movimiento no deseada por sus activistas. Sin embargo, las posibilidades de éxito o fracaso no vienen determinadas tanto por la adopción de modelos rígidos, como por la construcción de dispositivos organizativos adaptados al contexto histórico y social y a los objetivos políticos.

En el caso de los movimientos globales, como venimos explicando, la clave para entender su impacto ha sido la articulación de poderosas maquinarias organizativas en red, reflejo de las formas de organización de la economía contemporánea tras el impacto de las tecnologías de la información y las comunicaciones. Otros aspectos organizativos destacables, como la escasez de líderes formales o de propuestas programáticas listas para ser aplicadas, derivan de la falta de voluntad por parte de estos movimientos, al menos de momento, de competir por el acceso a espacios institucionales de poder.

Sea como fuere, consideramos que los modelos organizativos aluden más al análisis de las tácticas y las estrategias de las organizaciones de los movimientos que a su ontología o a su institucionalización como condición de supervivencia. Precisamente, la emergencia de los movimientos globales ha representado un duro revés a todos aquellos que entendían la institucionalización como tendencia inevitable (Alberoni, 1977) o como característica de las nuevas formas de acción colectiva (Ibarra/Tejerina, 1998: 11).

Pedro Ibarra y Benjamín Tejerina, a finales de los 90, acertaron claramente al entender *el proceso de globalización como contexto histórico que conforma la intensidad y la*

dirección que está tomando la acción colectiva (Ibarra/Tejerina, 1998:9). Sin embargo, quizá al ser ésta la época en la que las ONG´s hegemonizaban los medios de comunicación, no pudieron anticipar el carácter disruptivo que habrían de tener las formas de acción colectiva del movimiento global.

La quinta consideración refiere los efectos o éxitos de los movimientos sociales. Para los teóricos de la movilización de recursos *(…) en general, las organizaciones de movimientos que tienen éxito presentaban una estructura burocrática, perseguían objetivos limitados, empleaban incentivos selectivos, gozaban de apoyo financiero, utilizaban métodos de desobediencia (sin excluir la violencia) y formulaban sus demandas en períodos de crisis sociopolíticas* (Jenkins, 1994:30-31).

El argumento nos vuelve a parecer estrecho. El éxito mediante el acceso al poder, generalizado en los movimientos antisistémicos clásicos tras la Segunda Guerra Mundial, se produjo, en el caso de los movimientos de liberación nacional y de parte del movimiento comunista, mediante vías de carácter militar-insurreccional, con reivindicaciones maximalistas. De igual modo, nadie puede negar el éxito de los movimientos del 68, en el sentido de transformar de manera irreversible toda la cosmovisión de la izquierda y de los movimientos clásicos, especialmente respecto al sujeto de transformación (el proletariado industrial) y a la conquista del poder del Estado como fundamento estratégico de la acción política.

Señalaremos, para finalizar, que el principal problema de estos enfoques, como ha dicho Jean Cohen, es que, en todas sus versiones, *analizan la acción colectiva en términos de lógica estratégica de interacción y cálculos de coste-beneficio* -de modo que- *todas operan con una comprensión "clausevitziana" de la política* (1985:675). En última instancia, como indica Raimundo Viejo, *reducir el papel del movimiento al de "lobby" o mecanismo de defensa de los "sin poder", no deja de ser una simplificación interesada destinada a evitar las dificultades teóricas de los enfoques académicos de inspiración liberal* (2005:93-94).

2.5 Los NMS: la necesidad de cambiar los términos del debate

Cómo señalábamos, las movilizaciones de los 60 y los 70 en Europa significaron la revisión de buena parte de los esquemas estructuralistas e historicistas de algunas corrientes del marxismo ortodoxo y sus organizaciones políticas de referencia. Además, como ha afirmado Ron Eyerman (1998), el paradigma de la identidad o perspectiva de los NMS, desafió la hegemonía de los sociólogos estadounidenses de la movilización de recursos. Este autor habla incluso de una especie de "golpe de estado" de la sociología europea contra el dominio de la sociología americana (1998:140).

A pesar de las particularidades de las diferentes escuelas de los NMS, los principios de análisis de estos enfoques se podrían sintetizar como sigue: los cambios operados en la sociedad capitalista son la clave para entender la emergencia de nuevos movimientos de protesta de características distintas respecto a los movimientos tradicionales (especialmente el movimiento obrero).

A propósito del movimiento obrero, pueden identificarse cuatro dimensiones de ruptura: formas de organización y repertorios de acción, valores y reivindicaciones, relación con lo político e identidad de los actores (Neveu, 2000: 94-95).

Las escuelas teóricas sobre los NMS fueron, básicamente, las siguientes: la francesa (Touraine y sus colaboradores), la alemana (Habermas, Offe, Rucht…) y la italiana (Melucci).

Touraine desarrolló la noción de "lucha por la historicidad" (la capacidad de la sociedad de autoproducirse) en la sociedad postindustrial o programada, donde los movimientos sociales representan un desafío a la reproducción del propio sistema social (Scott, 1991:7) y donde los conflictos se generalizan y deslocalizan.

Melucci, por su parte, se centró en los mecanismos de formación de la identidad, en términos de formulación de estructuras cognoscitivas, activación de relaciones entre actores y realización de inversiones emocionales (Melucci, 1994a:173).

Habermas (1981, 1987, etc.) veía en el desarrollo opresivo de la modernidad la clave del surgimiento de estos movimientos, como reacción a la colonización de la vida por parte del Estado y el mercado. Una de las consignas fundamentales de los NMS, "lo personal es político", deriva de estos planteamientos.

Otra de las referencia fundamentales es Claus Offe (1988) que introdujo el concepto de "crisis de gobernabilidad" para ilustrar la incapacidad del Estado para responder a las expectativas de los ciudadanos y el colapso de las formas partido y sindicato como dispositivos de mediación democrática. Los NMS vendrían así a representar las nuevas demandas sociales ante la incapacidad de las organizaciones clásicas. Sus reivindicaciones ya no aludirían tanto a la distribución de recursos y al poder político, como a lo que se ha llamado "valores postmateriales".

Alain Touraine (1985, 1993) y Ronald Inglehart (1991) hablaron, respectivamente, de transición del industrialismo al post-industrialismo y de tránsito epocal de los valores materiales a los inmateriales. Las sociedades postfordistas habrían generado una suerte de desafección entre las nuevas clases medias que habría producido una tendencia a reivindicar elementos comunitarios, de auto-realización personal, de armonía con la naturaleza, etc. Se trata de una nueva fase de la modernidad en la que el trabajo cualificado aumenta su peso en los procesos productivos respecto al trabajo industrial propio del trabajador de mono azul de la cadena de montaje fordista. La sociedad se terciariza y un sector de las clases subalternas empieza a tener acceso a la educación superior. Ello conlleva la crisis de los marcos tradicionales de socialización, desde la familia y la iglesia, hasta el sindicato tradicional y el partido de masas.

Precisamente, el hecho de tomar el movimiento obrero (en tanto que representativo de una clase social concreta con intereses material-distributivos concretos) como elemento de referencia sobre el que construir la idea de la novedad, ha debilitado buena parte de los argumentos de estas teorías. Se suponía, de hecho, que los nuevos movimientos eran interclasistas y postmaterialistas.

Tal planteamiento ha limitado el alcance de estos enfoques a los movimientos de los países centrales. Como ha señalado Boaventura de Sousa Santos, en América Latina suele hablarse de nuevos movimientos populares precisamente para diferenciar su base

social respecto a esas nuevas clases medias de Europa occidental y Estados Unidos (2001:177).

Aunque, como explicaremos después, no nos convencen demasiado los términos en los que se planteó el debate en torno a la novedad de los NMS, creemos que conviene reseñar los principales argumentos que han rebatido tal novedad.

De una parte, cabe señalar que algunos de los teóricos de los NMS concebían la historiografía y las elaboraciones teóricas sobre el movimiento obrero de una manera un tanto esquemática. Se hacía solo referencia a los modelos historicistas y deterministas (Mess, 1998:308) que ignoraban la importancia de todo un conjunto de trabajos como los de Thompson (1979, 1989…) o Gramsci (1975, 1980…) que fueron esenciales para la comprensión tanto de la formación de la clase obrera, como de sus mecanismos de agregación cultural y sus dispositivos de acción.

Del mismo modo, contraponer a las reivindicaciones materiales las "post-materiales" resulta confuso, pues una mínima aproximación a las reivindicaciones de los movimientos de los 60 y los 70 deja claro que las cuestiones relativas a la justicia social seguían jugando un papel fundamental.

Respecto a la cultura (que después trataremos con más detalle) no queremos dejar de señalar que, si bien las herramientas culturales son claves para la formación de los movimientos sociales, es conveniente guardarse de *la tentación de un nuevo unilateralismo culturalista* (Mess, 1998:308) que ignore los aspectos de tipo estructural o económico. Un ejemplo de este tipo de tentaciones es el trabajo de Pérez Ledesma sobre la formación de la clase obrera en España (1997). Allí el autor describe la explotación económica más como un término crucial en el lenguaje de clase (1997:220) que como una realidad objetiva de subalternidad en el proceso productivo. Para Pérez Ledesma la clase sería más un invento (1997:233) que una categoría de estratificación social objetiva, en función de relaciones de producción. Semejante planteamiento equivale a afirmar que lo fundamental de un dolor de muelas, de trabajar 12 horas seguidas o de los fenómenos meteorológicos en relación a los seres los humanos, es su verbalización, esto es, el hecho poder imaginar y conceptualizar el dolor físico, el cansancio o el hecho de mojarse cuando llueve. Ir por este camino supone entender la

cultura como producto de la arbitrariedad humana desligándola de todo constreñimiento material o histórico. Este tipo de consideraciones, por desgracia tan de moda en los últimos tiempos en la historiografía, más parece una re-edición a la inversa del historicismo que un modelo de estudio útil. De hecho, la reciente emergencia de movimientos antagonistas de corte étnico en América Latina, debe mantenernos en guardia frente a las tesis que desligan movilización social de subalternidad económica.

Volviendo al tema de los NMS, los argumentos a propósito de su base multiclasista tampoco resisten el examen de buena parte de los fenómenos de movilización política de los últimos 150 años. Como ha señalado Mess (1998:309 y ss), desde los movimientos abolicionistas hasta los nacionalismos, tenemos movimientos que se han articulado sobre bases pluriclasistas haciendo de elementos como la étnia, el género o el grupo generacional, su principal referencia identitaria. Tarrow ha relativizado también la importancia de la homogeneidad de clase en la formación de los primeros movimientos del repertorio nuevo de acción colectiva tras la aparición de la imprenta, al referirse a las asociaciones y a las primeras redes informales (2004:86). Pero incluso después, la clase, como categoría objetiva de encuadramiento en un sistema económico, demostró tener menos potencialidades movilizadoras de las que esperaban los pensadores socialistas (Wallerstein, 1987b [2004: 286]) sin perder, por ello, su importancia central para el análisis de los movimientos.

Con todo, aún compartiendo buena parte de las razones de los estudiosos críticos con la "novedad" de los movimientos sociales, consideramos que las transformaciones de los dispositivos de gestión capitalista en Europa occidental y el fin del fordismo como modelo productivo hegemónico, son claves para entender las formas que adoptó la acción colectiva y el conflicto social desde los movimientos de los 60[57] así como el proceso de institucionalización de buena parte de los NMS, en especial en Alemania, durante los 80.

El último capítulo de las consecuencias de estas transformaciones sobre la acción colectiva fue la irrupción planetaria de los movimientos globales que significó, además,

[57] De tipo cultural en contraposición a las revoluciones sociales (Arrigi/Hopkins/Wallerstein, 1999).

una ruptura respecto a esa tendencia a la institucionalización que muchos estudiosos juzgaban inevitable.

Si hay alguna novedad en los MNS es la de constituir *tanto una crítica de la regulación social capitalista, como una crítica de la emancipación social socialista tal como fue definida por el marxismo*…La novedad *no reside en el rechazo de la política* —lo que muchos autores americanos entendían al hablar de movimientos "de cambio personal" — *sino, al contrario, en la ampliación de la política hasta más allá del marco liberal de la distinción entre Estado y Sociedad civil* (Sousa Santos, 2001: 178 y 181). Como vemos, la crítica al marxismo es de tipo estratégica respecto a la concepción del poder y la centralidad obrera.

Por eso, aunque nos parezca infructuosa la diferenciación entre viejos y nuevos movimientos atendiendo a su base social, entender las transformaciones de los escenarios globales en los que se desarrollan los conflictos, resulta imprescindible. Los movimientos globales han recogido buena parte de lo que Wallerstein ha llamado legados claves de los movimientos del 68, a saber, el fin de la concepción del proletariado industrial como sujeto dirigente de la transformación y el fin de la conquista del poder estatal como estrategia antisistémica única y central (Wallerstein, 1989 [2004: 350 y ss.]).

Por mucho que identificar al movimiento obrero, como "viejo" movimiento social prototípico, suponga cierto reduccionismo histórico (Mess, 1998: 307), las estrategias de las organizaciones políticas y sindicales socialistas se fundamentaron, como decimos, en la centralidad obrera y en la conquista del poder estatal. Tales estrategias fueron hegemónicas en las luchas antisistémicas europeas, pero solo hasta 1968. Las transformaciones del Capitalismo (el tránsito del fordismo al postfordismo) provocaron replanteamientos de tipo estratégico en los movimientos sociales que llegan a nuestros días.

Compartimos con Mess que quizá la pregunta clave que deba plantearse a propósito de los NMS, sea la relación que existe entre las transformaciones del Capitalismo y la acción colectiva (1998:306). Pero entendemos que el debate debe ser situado en términos de estrategia antisistémica. La discusión sobre si un elemento como la

composición multiclasista constituye o no una novedad, nos parece un debate inútil que impide, además, un análisis riguroso de las relaciones entre la evolución del Capitalismo, las estructuras de las clases subalternas y la acción política. ¿De que sirve argumentar que la composición pluriclasista del movimiento abolicionista británico en el XIX, del Partido Nazi en Alemania entre 1928 y 1933 y del nacionalismo vasco desde principios del siglo XX (Mess, 1998:309 y ss.) invalida la tesis de la novedad de los NMS en función de una base interclasista? Es saludable que los historiadores (aún cuando hagan entusiastas llamamientos a interdisciplinariedad) ajusten cuentas con la escasa formación historiográfica de algunos sociólogos, pero no estamos aquí para contemplar como se despellejan entre ellos los científicos sociales y los historiadores. Mess tiene toda la razón, y así lo hemos expuesto en este epígrafe, en su tesis sobre el "vino viejo en odres nuevos" para desacreditar muchos de los argumentos de los teóricos de los NMS, pero no responde a las preguntas fundamentales: ¿Qué es lo que cambia en los movimientos sociales y en la acción colectiva a partir de los años 60? ¿Puede hablarse de un punto de no retorno, como con el movimiento obrero a partir de 1848, o todo sigue más o menos como siempre?

Hay que evitar lo que Melucci llamó (de nuevo ajustado cuentas en la ya señalada batalla) historicismo ingenuo, incapaz de percibir la significación sistémica de los nuevos conflictos (1994a:163). Si bien los procesos psicológicos de construcción de la identidad que describe Melucci (1994a: 172 y 173) se nos escapan y no compartimos su percepción respecto a lo que el autor llama modelos leninistas o luxemburguianos (1994a: 169), la redefinición del sistema social que plantea es un buen punto de partida para discutir sobre las formas que adoptan los conflictos. Se trata de lo que el autor italiano llamó contexto sistémico distinto al del Capitalismo industrial para entender las nuevas formas de acción. Frente a la "miopía del presente", Melucci denuncia la "miopía de lo visible" propia de los enfoques que se concentraban solo en los aspectos mesurables de la acción colectiva, infravalorando los aspectos referidos a la producción de códigos culturales (1994b:125).

El problema de ambos enfoques y de los intentos eclécticos posteriores es su incapacidad para relacionar, de manera satisfactoria, estructura, política y cultura. En este aspecto, la lectura de Gramsci nos parece un ejercicio imprescindible para los

investigadores de los movimientos sociales y un buen remedio para superar algunos de los inconvenientes que los modelos eclécticos de la movimentología dominante generan.

Los argumentos fundamentados en la diferencia de base social, como venimos diciendo, fueron rebatidos e incluso se pudo apreciar el repliegue de buena parte de los defensores de la novedad. El propio Melucci, precursor fundamental de la terminología NMS, reconoció la naturaleza transitoria y relativa del concepto, lo rechazó como paradigma (1994a:162) y asumió la inutilidad del debate (1994b:123).

Parece tener razón Sousa Santos cuando rechaza la posibilidad de una explicación total de los NMS mediante una teoría unitaria (2001:180). Por eso se hace necesario, y especialmente para entender los movimientos globales, plantear el debate en otros términos.

Hablar de estrategia y formas de acción colectiva para caracterizar los movimientos a partir del 68 y diferenciarlos así de los movimientos anteriores, nos parece mucho más productivo que atacar lo argumentos habituales sobre la novedad de los movimientos sociales. De hecho, puede observarse que en los países europeos (Alemania, Francia, Italia…) donde surgieron los NMS, sus teorías contaron con las expresiones organizativas más importantes de los movimientos clásicos. Ello permite hablar, si se plantea el enfoque en términos estratégicos y de sujeto, de un vínculo dialéctico entre la novedad de las estructuras organizativas y el "estilo" de los NMS, respecto a los movimientos clásicos (Sousa Santos, 2001:182).

Pero para entender la emergencia de los movimientos globales (y en ello la movimentología ha quedado prisionera de sí misma), hay que comprender las transformaciones sociales en las que se contextualizan los movimientos del 68 y su carácter definitivo para el desarrollo histórico de la acción colectiva. De otra manera, la emergencia de la protesta global, visible a partir de Seattle, quedaría como una experiencia asincrónica, desconectada de las formas proactivas de articulación política de la subalternidad de los últimos 200 años.

Si el Estado ha dejado de ser la referencia política clave para los movimientos globales, si el ataque directo a las estructuras del sistema económico mundial no ha sido

incompatible con reivindicaciones de las llamadas "postmateriales", si los regímenes políticos demoliberales de los países ricos no han sido el escenario exclusivo de las movilizaciones, los investigadores tendremos dos opciones: o bien asumir el desafío a los marcos teóricos tradicionales para estudiar la acción colectiva, planteado por los movimientos globales, o bien continuar con discusiones ya finiquitadas.

2.6 La Cultura: el problema de la superposición de metodologías

Como ha señalado Douglas McAdam (1994:44), la perspectiva europea de los NMS dotó de centralidad a los factores culturales y cognitivos para el estudio de los movimientos sociales. Algunas tendencias filosóficas como el estructuralismo lingüístico, el postestructuralismo y la filosofía de la conciencia (Eyerman, 1998:139), junto a la, tan de moda últimamente, nueva historia social, han tenido gran influencia en la difusión de estas perspectivas centradas en los procesos de creación de significados, como base para la comprensión de la acción colectiva.

En el trabajo señalado, McAdam propone un esquema para la comprensión de los procesos culturales en la acción colectiva que pretende complementar los factores económicos, organizativos y políticos (en el sentido de la relación de los movimientos con el Estado) que dominaron los enfoques estructuralistas de la tradición académica estadounidense[58].

En primer lugar (1994:44 y ss), establece tres bases culturales de los movimientos sociales. La primera de ellas es la creación de un marco, esto es, la vinculación de las orientaciones cognitivas de los eventuales participantes en el movimiento con el mensaje de los organizadores. Los líderes del movimiento tratarán de hacer que sus reivindicaciones conecten "culturalmente" con la gente a la que pretenden movilizar. Uno de los ejemplos que propone McAdam (1994:45-46) aclara más la cuestión: entre los elementos más destacados para entender el éxito de Luther King, dice McAdam,

[58] Se trata de un primer paso hacia el modelo ecléctico que ha terminado dominando en la movimentología. De hecho, el autor ha coeditado una de las principales obras que trata de sintetizar las diferentes perspectivas en el estudio de la acción colectiva (McAdam/McCarthy/Zald, 1999) a la que nos referiremos al final de este capítulo.

destacarían los caracteres de su discurso que entroncaban con las tradiciones religiosas de los negros del Sur a las que (por su propio *background* religioso-cultural) no podían permanecer insensibles las élites blancas.

La segunda es la "expansión de las oportunidades culturales" como estímulo de la acción, esto es, estudiar cómo influyen en la expansión de las oportunidades políticas[59]. El autor habla de cuatro tipos de hechos a través de los cuales se produce la expansión (1994: 47 y ss.). En primer lugar, está la dramatización de una contradicción manifiesta entre los valores culturales y la realidad; se nos da el ejemplo de la contradicción entre la retórica igualitaria y la práctica sexista en el movimiento abolicionista en EEUU. En segundo lugar, están las "reivindicaciones de rápido desarrollo" o acontecimientos dramáticos no esperados; se mencionan los disturbios tras la brutal agresión policial a Rodney King en Los Ángeles, pero podríamos actualizarlo refiriendo los recientes disturbios en las periferias de las principales ciudades francesas tras otro abuso policial. En tercer lugar, tenemos "las dramatizaciones de la vulnerabilidad del sistema" que se ejemplifica, en este caso, con la caída del gobierno polaco y la falta de disposición soviética para intervenir, pero podríamos pensar en lo que significaron en España las protestas antigubernamentales del 13 de Marzo de 2004 tras los atentados de Al-Qaeda y la gestión comunicativa del atentado por parte del Gobierno (que analizaremos en detalle en otro apartado de esta tesis). En cuarto lugar estaría la "disponibilidad de marcos dominantes", esto es, la posibilidad de vincular nuevas reivindicaciones a un movimiento ya exitoso; el ejemplo ahora es la vinculación de los movimientos de mujeres, estudiantiles y anti-guerra con el marco dominante del movimiento pro-derechos civiles en los años 60 y 70, en los Estados Unidos.

La tercera refiere las "subculturas activistas de larga duración". Se trataría de cajas de herramientas culturales propias de las tradiciones de activismo. Estas subculturas (pensemos en el papel de la música o la literatura militante o en lugares de socialización específicos) serían fundamentales para el mantenimiento del activismo en periodos de letargo del movimiento. Daremos nosotros un ejemplo. La red de locales, centros sociales, bares, conciertos, grupos musicales, sitios web, actividades formativas y

[59] Se trata, de nuevo, de complementar el modelo de las estructuras de oportunidad política que el propio autor delimita en otro lugar; véase McAdam (1998).

divulgativas, etc. de los colectivos de extrema-izquierda en Madrid, fueron los espacios donde se socializaron y formaron la mayor parte de los activistas que después jugaron un papel fundamental en los grandes momentos de movilización (estudiantil, por la vivienda, antifascista o en los días de acción global) de los últimos años.

Para McAdam, los significados que comparten los actores, y desde los que son movilizables, se configuran a partir de estos recursos y oportunidades culturales.

Respecto a los factores que afectan al desarrollo de las culturas de los movimientos, el autor habla de cambios en los lugares sociales (estructuras sociales y localizaciones geográficas concretas) y de la mayor o menor habilidad de los dirigentes del movimiento a la hora de mantener o no la preeminencia de la cultura que encarnan (1994:54 y ss.).

McAdam refiere también el impacto cultural de los movimientos, especialmente cuando su éxito no puede medirse en términos políticos o económicos (1994:58). Da numerosos ejemplos entre los que destacaremos los efectos de la contracultura (lenguaje, estética, cine, uso de las drogas, etc.) en la cultura popular americana (1994:60). Por nuestra parte, permítasenos referenciar el comentario irónico de Jacopo Fó (hijo de Dario y Franca Rame) y Sergio Parini, a propósito del impacto cultural del 68: …s*i tenéis el pelo largo, vais a trabajar en vaqueros o sin corbata…si fumáis porros o tenéis un trabajo creativo, si sois vegetarianos, hacéis yoga o comicoterapia…debéis agradecérselo al 68* (Fo/Parini, 1998:6-7).

Por último, el autor señala una serie de medidores del potencial de éxito de los movimientos (1994:62 y ss.). En primer lugar, a mayor amplitud de objetivos, más posibilidades de cambio social (los revolucionarios tienen más impacto cultural que los reformistas). En segundo lugar, si los movimientos han tenido éxito en términos económicos y políticos, aumentará su éxito cultural. Evocando a Marx, McAdam se pregunta *si la dominación cultural descansara en gran medida sobre una base política y económica firme* -para añadir que- *mi hipótesis es que el impacto cultural de un movimiento será proporcional al éxito político o económico real que consigue* (1994:62). En tercer lugar, si el movimiento es capaz de integrar subculturas de otros

movimientos aumentarán sus potencialidades de éxito. Y, por último, si el movimiento mantiene lazos intensos con las elites culturales también será mayor su impacto.

Llegados a este punto, hemos de decir que la mayor parte de las observaciones de McAdam nos parecen razonables y plausibles pero nos da la impresión de que, en algunos casos, se estuviese descubriendo la pólvora (la evocación de Marx y la hipótesis que le sugiere al autor nos parecen buenos ejemplos de lo que decimos).

Los cuadros de los movimientos sociales (sus intelectuales) llevan dos siglos enfrentándose a los problemas teóricos y prácticos de la acción colectiva y, probablemente, se sonreirían si alguien tratara de recordarles la importancia de conectar culturalmente con sus bases sociales, la necesidad de contar con espacios de socialización propios para mantener vivos los núcleos activistas, la conveniencia de los rituales colectivos como mecanismo agregador, el papel determinante de las estructuras económicas y los dispositivos de gestión política sobre la cultura, etc. Pensemos en los dirigentes de una organización de izquierdas que, tras ser elegidos para formar parte de un comité directivo, entonan La Internacional desde una tarima, frente a los militantes de base de su organización. Obviamente, son conscientes de lo que hacen y seguramente se han planteado la importancia del ritual, con todos sus elementos simbólicos (las banderas rojas, la posición espacial elevada de la dirección, los himnos, etc.). La mejor prueba de tal conciencia es que estos rituales suelen estar regulados a través de normas estatutarias en las organizaciones de izquierda.

De nuevo, la búsqueda de complementariedad entre las teorías debilita los marcos de análisis. Lo importante no será superponer metodologías estructurales y culturales, sino tratar de comprender cómo se relacionan estructura y cultura. Ello supondrá asumir que alguna de las dos dimensiones tiene que tener cierta preeminencia sobre la otra, aunque esto haga difícil, cuando no imposible, el sincretismo o el eclecticismo teórico.

El caso es que esta tarea de relacionar factores estructurales y culturales es cualquier cosa menos nueva, aunque no proceda específicamente de la movimentología académica reciente. Es básicamente a lo que se dedicaron Gramsci y Thompson, cuya influencia no ha dejado de notarse (desde los trabajos de Laclau y Mouffle hasta el postobrerismo italiano, por ejemplo). Por eso la investigación sobre los movimientos

sociales y, en especial, tras la irrupción de la multiplicidad de identidades (muchas veces solapadas) de los movimientos globales, debe asumir cuestiones teóricas duras, aunque ello implique renunciar a hacer viable toda posibilidad de eclecticismo.

Hace ya unos cuantos años, Gramsci escribía que *cada revolución ha estado precedida de un intenso trabajo de crítica, de penetración cultural, de permeación de ideas a través de agregaciones de hombres* –y sus- *vínculos de solidaridad* (Gramsci, 1980: 100-101). Cuando en los *Quaderni del carcere* señalaba que el conjunto de los miembros de un partido deben ser considerados como intelectuales (Gramsci, 1975: 1523) no hablaba sino de su capacidad crítica respecto a las ideologías dominantes, de la cultura como proyecto político (Santucci, 2005:38). ¿Es esto tan distinto de la capacidad de los dirigentes para vincular culturalmente con sus reivindicaciones a los potenciales sujetos a movilizar, a la que se refiere McAdam?

2.7 El Análisis de Marcos: hacia la identificación de las fuentes privilegiadas

Nos referiremos ahora a una de las metodologías más exitosas en la movimentología, derivada del impacto de la cultura en los estudios sobre los movimientos sociales: el *frame analysis*[60].

Las raíces del análisis de marcos hay que buscarlas en la obra de Mead y en el interaccionismo simbólico de Herbert Blumer que inspiraron a Goffman (1974) para elaborar la noción de marco, como conjunto de elementos con los que cuentan los individuos para dar sentido a una situación[61]. A partir de la obra de Goffman, se

[60] Otra de las teorías derivadas de la irrupción de la cultura es el modelo de la construcción social de la protesta. En este modelo se trata de establecer qué actores —movimientos o sus oponentes— determinan el significado de una situación determinada. Los significados serían, por tanto, el resultado de oponer diferentes interpretaciones de los actores que compiten. Surge así la noción de "campos multiorganizativos" que incluyen *los sectores que apoyan a la organización de un movimiento, los que se oponen a ella y los que son indiferentes* (Klandermans, 1994:215). La construcción social de la protesta, como señala Klandermans, es una forma de llevar, de nuevo, a la psicología social al primer plano.

[61] Puede consultarse el completo trabajo de Rivas sobre los orígenes del concepto de enmarcamiento en algunos trabajos de la antropología sobre la comunicación (1998:182 y ss.) o en algunas investigaciones

construyó la teoría de los marcos para el estudio de los movimientos sociales y la acción colectiva, que se desarrolló con los trabajos del grupo de David Snow. Los marcos son formas de entendimiento negociadas para actuar (Rivas, 1998:190), organizadores de experiencia y guías de acción (Snow/Rochford/Worden/Benford,1986: 464).

En su influyente artículo de 1986, el grupo de Snow elaboró las nociones de "alinemiento de marcos" y "proceso de alineamiento" y vinculó los procesos micro y macro de movilización. Para afrontar los problemas del surgimiento, duración y logros de los movimientos sociales, estos autores plantearon la importancia del éxito de los alineamientos junto a las ya conocidas consideraciones de oportunidades y recursos "estructurales" (1986:478). El alineamiento no es sino el vínculo, e incluso la retroalimentación, entre los participantes en el movimiento y el discurso (entendido en un sentido amplio, como visión de la realidad) de los grupos, dirigentes o intelectuales que tratan de movilizar. Si el alineamiento tiene éxito, los marcos llamarán a la acción colectiva[62].

Quizá la gran aportación de estos autores haya sido llevar al primer plano la lucha ideológica y comprender las claves de su intensificación durante los procesos de movilización. Estos autores se dieron cuenta de que los marcos (o la ideología) no son estáticos y están permanentemente sometidos a la acción de los oponentes a los movimientos y a multitud de límites contextuales. De este modo, los medios de comunicación, determinados ambientes culturales o, más específicamente, la acción política encaminada a minar un movimiento a través de las organizaciones de los contramovimientos (Hunt/Benford/Snow, 1994:237)[63] o de los aparatos institucional-decisionales (la "cultura del poder"), juegan un papel esencial y permanente en la definición de la realidad, o lo que es lo mismo, en la configuración de los marcos de los

---

sobre la robótica (1998:187 y ss.), así como sobre la importancia de los estudios de Gamson que aplicaron, por primera vez, aun dentro de la teoría americana del proceso político, la noción de marco en el estudio de los movimientos sociales (Rivas, 1998: 190 y ss.).

[62] Sobre los diferentes tipos de alineamientos, véase el texto de los autores o la síntesis de Rivas (1998:193-194).

[63] Generar identidad de oposición a estos grupos es lo que estos autores llaman *opositional identity framing* (Hunt/Benford/Snow, 1994:239). Lo ejemplifican con las experiencias de grupos pacifistas estadounidenses pero, para el caso europeo, podríamos pensar en los movimientos antifascistas.

grupos potencialmente movilizables. Esto es lo que Rivas llama compromiso de los movimientos en la "*política de significación", es decir, en la construcción del sentido en competencia con otros actores sociales* (1998:194).

En una línea muy pareja están los trabajos de los historiadores de los movimientos sociales de la ya citada nueva historia social, que manejan una noción de cultura equivalente a la de ideología, como *repertorio de herramientas con el que las personas experimentan y expresan significados, permitiéndoles de esa manera pensar sobre el mundo que les rodea y actuar en él* (Cruz, 2001:5). De manera también muy similar, en la búsqueda de complementariedad entre las perspectivas de análisis, Tarrow habla de *combinación de fibras heredadas e inventadas para formar marcos de acción colectiva sintéticos en la confrontación con los oponentes* (2004:171). Al hablar de confrontación, Tarrow introduce la noción de multilateralidad en los procesos de conflicto —en el mismo sentido en el que Tilly habla de *contention* (1986:3-4) — por la definición de la realidad. De este modo, el análisis de marcos en procesos de movilización permite comprender las dinámicas, dé nuevo culturales si se quiere, de construcción de significados, alianzas etc., durante el propio transcurso de la acción colectiva. La forma en que se de el propio conflicto habrá de determinar qué códigos culturales van a ser activados, qué características van a resaltarse y cuáles, aún cuando pudieran haber sido significativas, han perdido fuerza (Cruz, 1997:33)[64]. A nuestro juicio, hablar de esto es hablar de lucha ideológica

De nuevo, no está demás recordar que fueron los estudios de Antonio Gramsci los que pusieron de relieve la dimensión cultural del poder y con ella el problema de la dominación por consentimiento (la parte humana del centauro si recordamos la metáfora de Maquiavelo) y la lucha ideológica frente al *senso comune* de la ideología dominante como escenario ineludible de la política. Repasar los textos gramscianos nos parece importante para comprender cómo algunas metodologías del *frame analisys*, aún cuando sean muy valiosas, han desatendido el examen específico de las fuentes de producción intelectual, cultural y decisional, esto es, la identificación de los dirigentes en los

[64] Los autores señalados analizan diferentes casos. Tarrow analiza el movimiento pro-derechos civiles en EEUU (2004:169-171) y el movimiento polaco *Solidaridad* (173-175). Rafael Cruz, por su parte, trata las protestas en la RDA antes de la caída del muro de Berlín, la revolución en Irán y el movimiento pro-amnistía en España, durante la llamada transición democrática (2001:8 y ss.).

dispositivos organizativos propios de los movimientos, mucho menos formalizados que los de otro tipo de agencias de agregación política, pero igualmente claves en la producción y en la lucha por los significados.

Respecto a la aplicación del análisis de marcos, Rivas —que propone un valioso esquema metodológico (1998: 204 y ss) — ha criticado a Snow la ausencia de elaboración de una metodología concreta (1998:196) y ha referido los trabajos de Gerhards sobre la campaña contra el FMI y el BM en Alemania en 1988. Precisamente en un trabajo con Dieter Rucht sobre las protestas de Berlín (1992), se analizan buena parte de los materiales de *agitprop* (especialmente el documento final consensuado) de los diferentes colectivos que confluyeron en la preparación de las movilizaciones. Centrándose en la estrategia comunicativa del movimiento en la campaña contra el FMI, estos autores aislaron las dimensiones de enmarcamiento (temas derivados del problema) y las estrategias para actuar sobre ellos que configuraban, en su integridad, un marco ideal que serviría de referencia en el trabajo político de los movimientos.

Lo que hace valiosos estos trabajos para el estudio de los movimientos globales es que, a día de hoy, la centralidad de las tecnologías de la información y las comunicaciones articuladas en red en los quehaceres del movimiento, permite al investigador contar con una cantidad de información inimaginable hace unos cuantos años. El examen de esta información, junto al uso de entrevistas cualitativas y a la observación participante, puede permitir superar los límites que denunciaba Rivas, para quien el enfoque de Gerhards *no presta suficiente atención a que los marcos de la acción colectiva son productos de la interacción tanto en el interior de los grupos del movimiento social como de la interacción de éste con los grupos a los que se opone (…) Es apropiado para investigar los marcos de los movimientos contestatarios "mas politizados", "propensos a una actuación hacia fuera", y que se mueven por la consecución de fines concretos y observables, como el movimiento ecologista y pacifista. En cambio, no sería tan apropiado para el estudio de los movimientos impulsados por motivaciones más personales, en los cuales la propia existencia del movimiento, la convivencia con los demás participantes, el sentirse a gusto, pueden ser un valor suficiente para su existencia* (Rivas, 1998:203).

Ejemplo de lo que decimos, aplicado a los movimientos globales, es el reciente trabajo de Donatella Della Porta y Lorenzo Mosca (2007) en el que analizan el proceso de contaminación o inter-fecundación entre algunos sectores de los movimientos globales en Italia, para comprender la emergencia de las movilizaciones tras un periodo de latencia. El trabajo aporta excelentes resultados para comprender las dimensiones cognitivas dentro de la propia movilización, identificando procesos de contaminación en la acción durante protestas y campañas comunes, así como la inter-fecundación entre grupos del movimiento originariamente hostiles o desconfiados entre sí. A través del conocimiento directo de las protestas, de numerosa documentación y sobretodo de varias entrevistas en profundidad a diferentes militantes (Della Porta/Mosca, 2007:4-5), identifican las principales redes del movimiento tanto a nivel individual como organizativo (2007: 10 y ss.) y los mecanismos claves de "contaminación"; coordinación logística, tolerancia y confianza mutua así como la formación de identidades transnacionales (2007: 16 y ss.).

La única crítica que se le puede hacer a este último trabajo es que no identifica el papel de los dirigentes e intelectuales del movimiento en estos procesos de inter-fecundación y contaminación[65], algo que nos parece fundamental y que, en Italia, quizás fuera viable. Como ha señalado en su reciente trabajo sobre el populismo Ernesto Laclau (2005), resulta esencial establecer los vínculos y los mecanismos de atribución de significado en

[65] Llevamos a cabo esta misma crítica en la sesión del 16 de febrero de 2007 del seminario "How to Study Political Participation, Social Movements, Parties, Unions and NGOs" dirigido por Donatella Della Porta en el Instituto Universitario Europeo de Florencia. Durante la sesión, se planteó en diversas intervenciones la dificultad de identificar los liderazgos en las estructuras informales de algunas organizaciones de los movimientos y la tendencia de los líderes a escudarse en discursos preelaborados y ofrecer poca información sobre los procesos cognitivos. Los límites temporales de la sesión nos impidieron contra-argumentar con lo siguiente. Identificar liderazgos no es individuar y entrevistar a líderes, sino comprender cómo se relacionan la personalidad y los roles de estos líderes con los militantes y con el conjunto del movimiento. En nuestras investigaciones sobre el movimiento *tute bianche* en Padua y Milán por ejemplo, pudimos comprobar que las experiencias en el área autónoma italiana de los dirigentes de más edad y la forma en que éstos eran vistos por los militantes más jóvenes de los centros sociales, era muy importante para entender la apuesta por unas técnicas de acción colectiva como las de este grupo. De hecho, ello también sirve para explicar los límites del intento de aplicación de estas técnicas de desobediencia italiana en Madrid, como pudimos comprobar en esta tesis comparando la historia de vida de un dirigente italiano con la de uno madrileño.

la relación del intelectual/dirigente con los grupos y sujetos a movilizar. Del mismo modo que el populismo *no está atribuido a un fenómeno delimitable, sino a una lógica social cuyos efectos atraviesan una variedad de fenómenos* (Laclau, 2005:11) y, por lo tanto, no es sino un modo de construir relaciones políticas agregativas, los marcos para la acción colectiva del movimiento global refieren también una lógica de relación hacia una intelectualidad/dirigencia política privilegiada a la hora de influir en los procesos de generación de esos marcos (en el tema estudiado por Laclau esto sería el "significante vacío" o líder populista).

Pondremos dos ejemplos al respecto. El primero refiere el aparente consenso entre los activistas presentes en Florencia durante el primer ESF[66], a propósito de la necesidad de no caer en provocaciones policiales y favorecer el desarrollo pacífico de las manifestaciones. Visto así, pareciera que ello respondía un cierto sentimiento común (un marco) entre los activistas presentes, producto de su interacción y sus experiencias comunes. Lo que este razonamiento no permite ver, es que en una multitudinaria asamblea en el hipódromo (sede de los desobedientes durante el primer ESF), el portavoz de los desobedientes Luca Casarini, ante el entusiasmo generalizado de centenares de jóvenes, propuso desafiar el inmenso dispositivo policial que militarizó Florencia durante el foro, improvisando una marcha no autorizada en la ciudad. Si esta marcha no se llevó finalmente a cabo, fue porque los líderes de otros sectores del movimiento se cuidaron de persuadir a los referentes de los desobedientes (y en especial a Casarini), no por falta de "marcos" entre los activistas.

Lo que nos encontramos aquí es la generación de los marcos que llamamos "privilegiados", entre la dirigencia/intelectualidad del movimiento, que inciden de manera especial en los significados que adquiere la situación para todo el movimiento.

Este mecanismo de confianza unidireccional (de los militantes hacia los líderes) no puede excluirse en las investigaciones sobre la protesta. De hecho, hay suficientes técnicas cualitativas para hacerlo (desde preguntar en un *focus group* a los militantes sobre sus sentimientos hacia los líderes, hasta explorar la forma de pensar de éstos mediante la entrevista en profundidad o la historia de vida). Respecto al ejemplo que

[66] Para más detalles, véase el epígrafe del capítulo 9 de esta tesis dedicado a este foro europeo.

poníamos, queremos añadir que no solo contamos con nuestra observación participante y nuestras entrevistas para sostener nuestro argumento. Como señalaba uno de los entrevistados por Lorenzo Mosca en el trabajo con Della Porta citado, *desde la contracumbre anti-G8 de Génova en adelante ha habido contaminación, antes que nada, entre los líderes* (Della Porta/Mosca, 2007:18).

El segundo ejemplo es mucho más conocido y refiere las características particulares del subcomandante insurgente Marcos. Nadie podrá negar que, en la interacción entre los guerrilleros ex-maoístas y las comunidades indígenas de Chiapas, así como en el proceso político iniciado a partir del 94 hasta la reciente "Sexta declaración de la Selva Lacandona[67]" y "La otra campaña", el pensamiento político de Marcos, e incluso su propia personalidad y capacidad comunicativa, hayan influido de manera especial. Se trata, de nuevo, de un marco o fuente de producción privilegiada

Somos conscientes de que lo que decimos puede contribuir a restar a los movimientos globales algo de ese romanticismo derivado de la ausencia de líderes formales, pero esto es un trabajo politológico y el análisis de la formación de dispositivos ideológicos (los marcos y sus fuentes de producción), apunta hacia la existencia de líderes, incluso cuando se trata, como en nuestro caso, de estructuras por completo distintas a las formas partido o sindicato.

2.8 Hacia el eclecticismo teórico: del Proceso Político a la síntesis entre identidad y estructura

Fruto de diferentes contactos entre investigadores europeos y norteamericanos a finales de los años ochenta y principios de los noventa, comenzaron a producirse los primeros intentos de hacer compatibles los enfoques que dominaban la investigación sobre los movimientos en ambos continentes (más centrados en los recursos y en cuestiones de tipo estratégico en los EEUU y en cuestiones como la identidad, la cultura y la generación de significados, en Europa).

[67] Véase http://www.ezln.org/documentos/2005/sexta.es.htm (Consulta 3/02/07).

Se trataba de integrar elementos de los distintos enfoques. En particular, de tres de ellos: las oportunidades políticas, las estructuras de movilización y los procesos de construcción de significado (Tejerina, 1998:111).

Ya desde finales de los 70, Charles Tilly había desarrollado un modelo histórico-estructural en el que se analizaba el desarrollo de la acción colectiva como realidad enmarcada en un contexto histórico, en el que las instituciones políticas configuraban el espacio en el que podía presentarse la acción colectiva. Junto a Sidney Tarrow y otros autores ya citados en este capítulo, como Jenkins o McAdam, que vinculaban también Estado y acción colectiva, se configuró el enfoque del proceso político, quizá como punto de partida de la tendencia hacia la complementariedad.

Según este enfoque, las formas de acción colectiva dependen esencialmente del tipo de autoridades que enfrentan los desafiantes, esto es, del tipo de estructuras a través de las cuales se configura el poder político. La principal consecuencia de este planteamiento es que tenemos dos repertorios de acción colectiva fundamentales a lo largo de la historia: uno tradicional, caracterizado por formas de acción colectiva localistas, poco flexibles, violentas y directas, y uno nuevo, que surge con el desarrollo del Capitalismo industrial y la consolidación del Estado, de tipo nacional, con formas modulares de acción colectiva, no necesariamente violento y, en general, de implicaciones indirectas en la reordenación de las relaciones de poder. El análisis de los repertorios de acción colectiva como producto histórico ha sido una de las aportaciones fundamentales de Tilly y Tarrow. Sin embargo, como ha hecho notar Diani, al menos en un primer momento, este enfoque que describe las condiciones históricas que facilitan o constriñen la existencia de los conflictos y su desarrollo a través de las formas de acción, no terminó de entrar en el por qué de los conflictos (Diani, 1992:5).

Tarrow planteó que los caracteres identitarios y estratégicos de los movimientos sociales deben ser estudiados en relación a las instituciones (estatales) que detentan el poder político (Tarrow, 1988). Una de las consecuencias derivadas de este análisis es que los planteamientos de la elección racional (pensemos en el prisionero y su famoso dilema o en el propio *free rider*) se revelan inaplicables, toda vez que las relaciones de poder son, por definición, desiguales ya que los actores (el Estado y los movimientos) no cuentan ni con la misma información ni con los mismos recursos.

De la centralidad del Estado y sus instituciones, como referencia fundamental para comprender las formas de acción colectiva de los movimientos y su historicidad, surgirá después el análisis de las estructuras de oportunidades políticas.

Esta noción de oportunidades políticas no ha sido demasiado pacífica en la literatura sobre los movimientos sociales. Sin embargo, Doug McAdam (1998) se ha encargado de aclarar algunos elementos fundamentales al respecto. Como señala este autor, la noción fue utilizada por primera vez por Eisinger (1973), que analizó el impacto de algunas protestas en varias ciudades de Estados Unidos. Para Eisinger, la estructura de oportunidad política se define por el nivel de influencia política de los grupos movilizadores en función de las debilidades políticas del adversario. El planteamiento enlaza como con el concepto de crisis del sistema, cuando éste es vulnerable a la acción de sus oponentes (revolucionarios o no). La crisis, por definición invita a la acción de los desafiantes. El razonamiento nos trae a la memoria las tradiciones insurrecciónales de algunos sectores de los movimientos obreros en Europa aunque su mayor ventaja es que permite establecer comparaciones sobre el éxito o fracaso de diferentes experiencias de movilización, en función de la "estructura de oportunidades políticas" del país o contexto político de que se trate.

Sin embargo, el problema de la noción, como han señalado varios autores, es su laxitud. A este problema añadiríamos, por nuestra parte, otro ulterior (y de alguna manera relacionado con el primero) que hemos detectado en trabajos recientes sobre los movimientos sociales. Estamos pensando en el problema de confundir lo que debe ser la categoría precisa "estructuras de oportunidad política" con la simple noción, perfectamente discernible sin conocimientos teóricos específicos, de "oportunidad política"[68].

Quizá la virtud mayor de las estructuras de oportunidad política, en particular para el estudio de los movimientos globales y más en concreto para comprender las fases atravesadas por los mismos y las transformaciones o mutaciones en las formas de acción

[68] Para distinguir la noción "estructura de oportunidades políticas" de otro tipo de oportunidades, delimitar sus dimensiones e identificar sus variables dependientes, véase McAdam (1998:91-98).

colectiva del repertorio postnacional, sea vincularla a los ciclos de protesta –como lo hace McAdam (1998:99 y ss), refiriendo la relación que establece Tarrow (2004) entre movimientos madrugadores y tardíos- para comprender su expansión y, en particular, para comprender la globalidad de los ciclos de protesta[69] y sus vínculos con el contexto internacional o sistémico (tratamos este aspecto en el capítulo 3). Por desgracia, uno de los grandes límites de esta teoría para el estudio de los movimientos globales y sus formas de acción colectiva, es que solo contempla el Estado como realidad político-espacial objeto de análisis.

En cualquier caso, el paso dado por este enfoque, como han señalado Cohen y Arato (1992:499), avanza en el sentido de conocer las condiciones de posibilidad de la emergencia y el éxito de los movimientos.

El siguiente paso en el camino hacia la complementariedad fueron los intentos de vincular los análisis "macro", referidos a las organizaciones de los movimientos sociales (como el señalado enfoque sobre el proceso político y las estructuras de oportunidad que prestaban atención a los condicionantes estructurales y contextuales) con los análisis "micro" referidos a los procesos de construcción de significado por parte de los individuos, a la hora de participar en un movimiento (desde la elección racional, hasta las visiones derivadas de la irrupción de los NMS).

En un primer momento, McAdam, McCarthy y Zald (1988) se centraron en el contexto de la micro-movilización para hablar de una estructura solidaria de incentivos que vinculara problemáticas individuales con dispositivos de acción colectiva. Lo que llamaron "estructura celular de acción colectiva" —ponen el ejemplo de las comunidades religiosas de base (1988:711) — se vinculaba a los procesos "macro" referidos a las estructuras económicas y a las instituciones políticas del Estado, que interactuaban con las estructuras celulares de agregación de individuos.

[69] Haremos una observación más, a propósito de la noción de "ciclo de protesta". Como escuchamos razonar a Raimundo Viejo en un seminario sobre movimientos sociales, el propio concepto encierra una carga valorativa "tramposa", desde el momento en que supone un periodo de vida limitado de los movimientos, de alguna forma "calculable" y "delimitable". Pero como reconoce el propio McAdam, la relación de los movimientos sociales con las estructuras de oportunidad política —y entendemos que lo mismo podría decirse de los ciclos— es su carácter fluido e impredecible (1998:105).

Esta perspectiva abrió las puertas a la convergencia con los enfoques europeos al empezar a analizar el espacio que media entre los condicionantes estructurales y las "motivaciones" de los sujetos, lo que Melucci refiere como identidad vinculada a la movilización (1988). En última instancia, se había conseguido hacer compatibles, al menos aparentemente, los análisis sobre los comportamientos individuales y colectivos reconociendo que los actores individuales están vinculados a redes.

Se llegaba así a la integración de las perspectivas norteamericanas (centradas en estructuras políticas y estrategias organizacionales) y las europeas (que se ocupaban más de la formación de identidades en las sociedades complejas). Como señalaron Cohen y Arato (1992), ello implicaba asumir los movimientos sociales como expresiones complejas de conflictos perfectamente ordinarios. Para estos autores, la integración de las perspectivas se producía a través de una lógica dual; el propio carácter dual de la acción colectiva contemporánea (Cohen/Arato, 1992:508).

Por último, quizá el mayor esfuerzo de integración haya vendido de parte de McAdam, McCarthy y Zald con su conocido trabajo "Movimientos sociales: perspectivas comparadas" (1999). Esta mítica triada de la movimentología, que propone sin ambages un lenguaje teórico ecléctico entre los especialistas en movimientos sociales (1999a:14), propone un modelo sintético para los estudios comparados (1999b:22), articulado mediante tres perspectivas de observación.

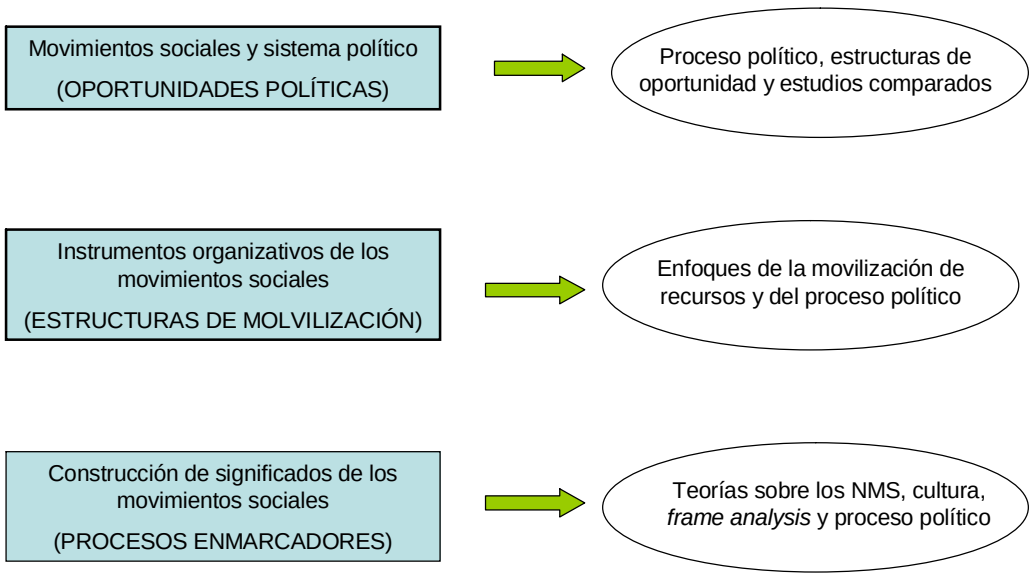
En primer lugar, una perspectiva que atienda a las oportunidades políticas, esto es, a las relaciones de los movimientos sociales con los sistemas políticos estatales.

En segundo lugar, una perspectiva referida a las estructuras de movilización, entendidas como recursos organizativos de los movimientos.

En tercer lugar, una perspectiva que atienda a los procesos enmarcadores, esto es, a las formas de construcción de significados por parte de los desafiantes (McAdam/McCarthy/Zald, 1999b:22-28).

Usando estas tres perspectivas, entienden que puede responderse a la cuestión del surgimiento de los movimientos sociales (1999b:29-35), así como a las cuestiones referidas a su desarrollo, resultados y a los procesos de interacción (1999b: 35 y ss.).

Figura 4. **Modelo sintético de McAdam, McCarthy y Zald a partir de las diferentes aportaciones teóricas**



Aún cuando la voluntad de construir un enfoque que permita el estudio comparado de distintos movimientos sociales (McAdam/McCarthy/Zald, 1999b:41 y ss.) nos parece elogiable y objetivo imprescindible para dar sentido y cientificidad a la investigación sobre los movimientos, creemos que no se alcanza uno de los objetivos fundamentales que se plantean los autores, a saber, identificar las relaciones entre los tres factores señalados.

Como venimos diciendo a lo largo de este capítulo, ello significa tratar de entender las relaciones entre estructura y superestructura, como adelantábamos con la cita inicial de Gramsci. Pero esta tarea resulta incompatible con todo intento de relacionar armónicamente (mediante la superposición de metodologías) enfoques que parten de presupuestos epistemológicos diferentes. En última instancia, relacionar oportunidades

políticas, estructuras de movilización y marcos, supone asumir algún tipo de preeminencia de las unas sobre las otras, como haremos en los capítulos siguientes donde vinculamos los movimientos globales con el desarrollo del Capitalismo y sus formas de producción y reproducción.

Mencionaremos, en último lugar, el notable intento de exploración de las posibilidades de síntesis teórica para estudiar los movimientos sociales, las revoluciones, el nacionalismo y los procesos democratizadores, agrupables bajo la temática general del conflicto político (*contentious politics*), llevado a cabo por McAdam, Tarrow y Tilly en su impactante trabajo "Dynamics of Contention" (2001). Tanto el ingente trabajo de investigación llevado a cabo en la obra, como el "sincretismo relacional" (2001:XVII) por el que apuestan los autores, merecerían un amplia discusión pero excede nuestro repaso circunscrito a las perspectivas de investigación sobre los movimientos sociales y los propios objetivos de esta tesis.

Concluyendo con el capítulo, queremos decir que este repaso que hemos llevado a cabo, no representa para nosotros solo un paso obligado en una tesis doctoral sobre movimientos sociales. Por el contrario, entendemos que la irrupción de los movimientos contra la Globalización económica y las características de sus formas de acción colectiva, han puesto al descubierto algunos de los límites del eclecticismo que McAdam McCarthy y Zald defienden en su trabajo, o de la supuesta complementariedad —evidente para algunos (Vélez Castro, 2004:3) — entre los diferentes enfoques teóricos sobre la acción colectiva.

No se trata solo de que sean enfoques limitados a unas realidades geográficas muy concretas (Estados Unidos y Europa Occidental con la cooptación en los últimos tiempos de las "revoluciones de terciopelo" en el Este europeo) que no contemplaron, por lo general, el que probablemente represente el laboratorio de experimentación y desarrollo de los movimientos sociales más importante a nivel mundial, como es América Latina[70]. El problema también radica, a nuestro juicio, en que no terminaron de tener en cuenta lo que representaron, para entender los movimientos de los 60 y 70,

[70] Existen, sobre y desde América Latina, numerosos trabajos de análisis de sus movimientos sociales. De entre las obras de referencia, quizá la más conocida sea la de Escobar y Álvarez (1992).

las luchas anticoloniales en la periferia del Sistema-mundo y lo que significaron algunas rebeliones contra el Socialismo autoritario (como en Hungría o Checoslovaquia), como crítica al marxismo oficial y a la burocracia.

Como ejemplo de lo que señalamos, queremos referir el clásico de Fanon "Los condenados de la tierra" (1961[1974]) donde se lleva a cabo una crítica radical al marxismo ortodoxo europeo y a su incapacidad para entender la estructura de clases en el Tercer Mundo y sus implicaciones para identificar a los sujetos potencialmente revolucionarios. Sirve de ejemplo también la teoría latinoamericana de la dependencia, que no solo se enfrentaría al estructural-funcionalismo de la teoría de la modernización, dominante en aquel momento, sino que también señaló los límites y errores de un marxismo de importación que había aplicado torpemente recetas europeas a contextos muy distintos. Al respecto, véase, por ejemplo, Cardoso y Faletto (1969) o Frank (1967, 1969).

El problema principal que debemos enfrentar es que el eclecticismo ha debilitado el potencial teórico de la movimentología "oficial", limitando notablemente su capacidad para analizar la relación entre movilización política y dinámicas de desarrollo del Capitalismo. Las dinámicas productivas y los dispositivos disciplinarios que funcionan en el Sistema-mundo, como realidad económica y política global, son precisamente los responsables de que se hayan activado, en los últimos tiempos, una pluralidad de movimientos cuya heterogeneidad no les ha impedido articular lenguajes y prácticas de alianza[71]. El gran desafío de los movimientos globales ha sido generar formas de acción colectiva globales, reflejo de las instituciones económicas y políticas que detentan cada vez más instrumentos de soberanía y gobierno, en detrimento de los Estados y los sistemas interestatales.

Con este repaso sobre las virtudes y límites de los enfoques clásicos sobre la acción colectiva y los movimientos sociales, pretendemos justificar la heterodoxia de esta tesis doctoral, a la hora apostar por perspectivas teóricas menos habituales en el estudio

[71] La influencia del Neozapatismo en los movimientos europeos es un ejemplo de ello.

específico de la acción colectiva, como el análisis de sistemas-mundo [72] y el postobrerismo italiano (cuya compatibilidad trataremos de defender en los capítulos siguientes). Estas perspectivas han tenido un gran impacto sobre el estudio de los movimientos sociales tras la experiencia de Seattle. Creemos que han sabido captar, con particular acierto, buena parte de los caracteres de la movilización global con la que se ha iniciado el milenio y han aportado valiosísimas herramientas de análisis que ya han sido utilizadas por algunas organizaciones de los movimientos [73] y que pueden ser también de utilidad en la investigación académica.

[72] Recientemente, dos de los más famosos movimentólogos, Donatella Della Porta y Mario Diani, han reconocido la importancia del análisis de sistemas-mundo en los últimos estudios sobre los movimientos por la justicia global (2006:10).

[73] Es el caso de los centros sociales y de los *tute bianche* y los *disobbedienti* en Italia, con respecto al postobrerismo, como explicaremos después.